



La muerte y yo

BEATRIZ ZALCE

El primer guadañazo lo recibimos en enero del año 2000, cuando nos dieron tu diagnóstico. Cáncer en pulmón con metástasis en cresta iliaca.

Éramos un nosotros en dos cuerpos y el amor nos había trenzado en uno solo. ¿Dónde empezabas tú y dónde terminaba yo? Esa noche del diagnóstico, de tu diagnóstico, quedé excluida: no me dolía la cadera, no tosía, no tenía edema, no perdía potasio. Simple y sencillamente ni mi cuerpo ni yo entendimos lo que le pasaba a tu cuerpo.

Al principio estabas terriblemente angustiado. ¿Cómo que te ibas a morir? ¿Cómo no ver el jacaranda florear la próxima primavera? ¿Quién iba a tocar tu quena, pintar tus cuadros? ¿Quién iba a amar a tu mujer y a habitar tu casa? ¿Cómo era posible que la vida te traicionara cuando habías llegado a una de las cúspides de tu madurez, a la más serena de tus fecundidades?

Ya no te cocías al primer hervor y al fin habías alcanzado una estabilidad emocional que no habías encontrado antes y mira que habías recorrido muchas leguas de mujer, de ojos azules, negros, verdes y cafés, de pómulos salientes, de voz cachonda, de rasgos casi etéreos, melómanas, bailarinas, escritoras... hasta que por fin habías construido un amor sólido, profundo. De nuestra unión nacieron varios libros, muchos discos al lado de los Folkloristas y con tus grabaciones de campo. Se te empezaba a reconocer como pintor y nadie duda-

ba en señalarte como un luchador social. Tu madurez era productiva, fértil pero sobre todo plena.

Nuestra lucha por la vida se basó en una declaración de amor mutua refrendada cada mañana, cada tarde, cada noche, cada instante; a partir de la conjugación de todos los "hubiera", en todos los tiempos. No quedó un solo pendiente. Nos dimos el uno al otro, nos entregamos al amor no con la desesperación de quien vive sus últimos días sino con la ilusión de quien empieza... Hacíamos locuras como pintar la recámara e irnos, irnos de la casa como un par de novios, como un par de amantes a dormir a un hotel con nuestra maletita y turistar en la propia ciudad.

Los amigos nos rodearon con su afecto. Estaban cerca, a un lado, siempre junto, a cualquier hora. Con ellos se hablaba del pasado y del futuro y también de la "enfermedad" y de "lo que dicen los doctores". Convencido que la amistad es el más grande tesoro, no entendías por qué no estabas en la lista Forbes...

Nos volvimos adictos a la videocasetera, me descubriste Chaplin, los clásicos del cine, las películas italianas de la posguerra. Buscaste hasta por debajo de las piedras la obra completa de Sir Laurence Olivier. Tú, cuyo inglés era del estilo de my name is pencil, eras capaz de recitar de memoria y en inglés a Hamlet.

Anunciaste tu muerte con ocho días de anticipación. Simplemente la aceptabas, querías vivir pero tu cuerpo ya no podía más. La muerte, decías, es parte de la vida. Estabas tranquilo, con la serenidad de quien ha cumplido su labor. En ese instante eras el más ecuánime. Me repetiste muchas veces que confiara en la gente. Me explicaste que la muerte era el primer paso hacia el reencuentro; la misma muerte nos reuniría y entonces sí para siempre.

Hablabas del futuro en el que pasearíamos de la mano por el universo, entre las constelaciones, tú que me habías enamorado diciéndome los nombres de las estrellas, tú que me habías regalado muchas estre-



Alfredo Zalce

llas convertidas en luciérnagas, me invitabas a ese viaje infinito.

Sin embargo había que ayudarte a cruzar al otro lado del espejo, te pedí que te desataras, que abieras bien los ojos no para vernos a nosotros sino para mirar a tu abuelita sacudiendo las migajas del mantel, rodeada de palomas; a Rosa Bracho, tu primer gran amor; ibas a poder conversar nuevamente con Pepe Revueltas quien estuvo escondido en tu casa durante el movimiento estudiantil del 68, ibas a volver a abrazar a Rosaura cuya hermosura e inteligencia siempre te deslumbraron, por fin conocerías a su hermano Silvestre y le contarías personalmente a Higinio Rubalcaba que le habías rogado a Dios poder tocar el violín como él. Volverías a formar la mancuerna de quenás de Los Folkloristas con tu amigo Jas Reuter, abrazarías a tus amigos chilenos René Largo y Víctor Jara. Te encontrarías con José Clemente

Orozco cuya obra conocías centímetro a centímetro y a Carlos Marx le hablarías de tu maestro, al que le debemos lo mejor de ti: Don Adolfo Sánchez Vázquez; ahí estarían Emiliano Zapata y Pancho Villa a quienes tu padre les había llevado el sombrero de charro y el sakarov con los que los recordamos...

Piñuf llevaba dos días al pie de tu cama. Hacía unos meses la habíamos adoptado. Le querías llamar Sombra porque te seguía a todas partes y te recordaba la Vidala para mi sombra. Ese cachorrito turbulento, ese remolino de actividad, igual que tú, llevaba dos días sin comer, sin salir al jardín. No había manera de separarla de ti. No le ladró a la muerte, no le aulló. Sabía que venía por ti, que no podía evitar que te llevara y sólo podía acompañarte, echadita. Una vez que te supo en brazos de la Catrina quiso que yo le cargara y desde entonces no nos separamos.

Tu velorio se pareció a tu vida: lleno de amigos, de música y de flores. La estrella roja de cinco puntas de los zapatistas hecha con rosas fue puesta sobre el ataúd, también la bandera de México y la foto que te tomé abrazando al Subcomandante Marcos. Si Haydee Farías me había dado el consejo más importante de nuestra vida, el de conjugar todos los hubiera; María O'Higgins me enseñó a afrontar la soledad: Convertir la depresión en actividad.

Habías muerto y contigo el "Nosotros". Sólo quedaba este yo destartalado, herido de muerte al que le decían que había que ser fuerte, echarle ganas porque la vida sigue. El frío se instaló en mi alma, los colores se opacaron, la música enmudeció. Qué pesado es un cuerpo cargado de recuerdos; entre más felices son éstos, más líquidas son las lágrimas.

Lo que había sido nuestra cotidianidad a lo largo de trece años, esos miles de millones de instantes se convirtieron en recuerdos y desde hace tres años el reto de cada mañana es darle un sentido al día que empieza. Sin ti aumentaron los por qué y los para qué sin respuesta.

Decías que mis hombros huesudos podían sostener el puente de Brooklyn pero solos no hubieran aguantado el peso de tu ausencia. ¿Qué hubiera sido de mí sin

Juanita, quién piensa al Quijote sin Sancho? ¿Cómo aceptar la muerte accidental de mi hermano y de mis sobrinos cuatro semanas después de tu partida sin la luminosa presencia de Mariela? ¿Cómo perdonar a mi papá por conformarse con vivir 95 años e irse 18 meses después que tú, cuando yo lo necesitaba? ¿Cómo, mi René? ¿Cómo recuperar el gusto por la vida si no es gracias a Maricruz, a su alegría, a su profundidad?

Vi una flor que me gustó... Volví a dar clases... Roura me mandó a entrevistar a alguien de quien aprendí mucho... Comí un helado que me supo delicioso... Pascaline empezó a curarme abriendo las compuertas de mis dolores... Toda tu ropa se fue para los damnificados por Isidore en Yucatán... La sabiduría del Doctor Juárez me quita las ganas de morirme... Volví a escribir... Me sentí útil... Creo en la amistad de los Arteaga, de Maricruz, Mariela, Juanita, María, Haydee... La lectura de Elytis me subyugó... Empecé a tararear la tercera de Sibelius y a desafinar con Gracias a la vida... Me invitaron a participar en Coyoacán... Lloré, me reí y me encañoné pero sobretodo me supe viva gracias a la actuación de los Bichir en "Extras"... Fui al concierto del "Cigala"... Empecé a escribir tus memorias... Resucitar no es fácil, dijo el ave Fénix. ■

Ahora, por Ley*, el Gobierno Federal está obligado a entregarte la información que le solicites.

¿Ya sabes qué le quieres preguntar?



ifai

Instituto Federal de Acceso a la Información Pública

01800 telifai
www.ifai.org.mx

*Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública Gubernamental (LFTAIPG).